

ERAN apenas las diez de la mañana cuando llegamos a casa de nuestros ilustres abuelos los trogloditas. Mrs. Thompson saltó de su caballería al suelo y se acercó a la boca de la caverna. Un aire frío y húmedo que salía de las entrañas mismas de la tierra bendijo su rostro perlado por el sudor demudado por el cansancio. El viaje de la víspera por una carretera de infierno—diecisiete veces obstruida por peligrosos derrumbamientos—; el madrugón; la salida al clarear el día por un camino vecinal en que el coche, entre otros obstáculos antitanques que fué venciendo, tuvo que vadear un río, y, por último, la excursión a caballo a través de la montaña, bajo un sol todavía niño, pero por ello cruel, la habían agotado hasta el extremo de recibir ahora como un bálsamo este viento que, desde el interior de la caverna, llegaba hasta ella, ensortijando su pelo, secando el sudor que como rocío diminuto humedecía su frente, abrazando y ciñendo en fin—el viento siempre galán—, el contorno de su talle.

A lo largo del penoso recorrido (a caballo, sí, pero de burros), Mrs. Thompson, que no había visto nunca este animal antes de ahora, salvo en el Zoológico de Washington, exclamó varias veces, palmoteando cautivada, que aquello era muy pintoresco. Su marido, derrengado sobre un rucio anquiseco y saltarín, le dedicó una feroz sonrisa, que imaginé de Holofernes al sentirse decapitado por Judit, y no dijo nada, pero pensé de seguro cuánto mejor sería llegar al soberbio escondrijo al que nos dirigíamos a bordo de un Chrysler o de un Cadillac. En efecto; siendo el objeto de nuestro viaje introducirnos en la Edad de Piedra, resultaba, como decía Mrs. Thompson, muy "dentro de su ambiente" que el paisaje no tuviera modificación alguna sobre el que ya existía en tiempos de los trogloditas. Pero no creo que ello sea precisamente motivo de orgullo para nosotros. Porque es preciso decirlo antes que la pluma se nos dispare hacia el portentoso espectáculo que íbamos a presenciar; para llegar a la Cueva de la Pileta, una de las que en España encierra más bellezas naturales a lo largo de los tres kilómetros de sus galerías hasta hoy descubiertas, una de las más ricas de la Península en yacimientos de cerámica, en restos humanos y en animales de la prehistoria; la que ha servido de preciosa cantera para enriquecer, entre otras salas arqueológicas, las del Museo Británico de Londres; la que encierra mayor número de pinturas paleolíticas y neolíticas del Universo; una de las cuevas, en fin, de más interés histó-

LOS THOMPSON, EN ESPAÑA

LA JOYA ABANDONADA



Los Thompson camino de la Cueva de la Pileta.

rico del mundo está—a pesar de haber sido declarado Monumento Nacional hace veintinueve años—escondida, apartada casi diríamos, que prohibida para el acceso normal del turismo extranjero o español.

Entramos en la cueva con el resaca de quien penetra en un santuario. Abrió la expedición un hombre caído y desdentado, de mirada inteligente y rápida, labrador de un modestísimo predio vecino. Tras de él, siete expedicionarios, y guardándonos las espaldas, un hombre pequeño y corpulento, de grandes orejas puntiagudas, ancha nariz aplastada y gruesos labios carnosos, ibero sin mezcla o tartesio o camita, como los restos de la cueva de la Pileta, a quien Mr. Thompson calificó en seguida, con un cientifismo muy a la americana, de "pura raza troglodita", y a quien su mujer, por ser quien cargaba con nuestros bultos, bautizó, no sin gracia, con el apelativo de "El Sherpa Muñoz".

Al penetrar en la Caverna percibí lo pobre que es el humano lenguaje para expresar tanta maravilla. Ante nosotros se alzaban o se despeñaban, invertidas a

nuestros pies, inmensas catedrales de Gaudí, labradas al correr de los siglos por el mejor arquitecto que Dios ha regalado a la tierra: el agua. Soberbias columnas, blanquísimas algunas como el mejor mármol de la Serranía de Ronda, nacaradas otras por rubios reflejos de concha o sonrosadas en un pérenne rubor. Grandes cortinas de piedra caliza recogidas en inverosímiles repliegues y dobleces y tan finas y transparentes que a su través se veía la luz de un petromax polarizada en rojo, como si en vez de agua destilara sangre. Cascadas petrificadas, como ríos que estuvieran despeñándose cuando de pronto Dios suprimió el movimiento. Candelabros con sus brazos desbordados por la cera; una cera de mentira, que engañaba

a la vista, como si estuviera tierna. Y en una—valga el símil por aproximación—ingotable "policromía de formas", flecos, alas, nubes, rayos, formando las bóvedas y las paredes de estas naves naturales, por cuyos suelos corre limpiísima el agua, escondiéndose aquí, remansándose allá, en lagos pequeños o en grandes avenidas, en cuyo espejo se refleja, multiplicándose por dos, esta loca arquitectura.

De pronto, Mrs. Thompson dió un grito de terror. Desde el "más allá" de la caverna surgieron unas notas, unos rumores, unos sonos extrañísimos nunca antes de ese momento oídos por los Thompson; ni por mí, ni por casi ninguno de los que allí estábamos. Era Muñoz, "el sherpa Muñoz", que estaba golpeando con una piedra un órgano natural, formado por rocas huecas, que al tener distinto espesor y longitud, producían también distinto sonido. La melodía que así se producía tenía resonancias atávicas, raras vibraciones. El menos imaginativo de los hombres, el mayor enemigo de la fantasía, el más apegado a las realidades numéricas y visibles (y este hombre es Willie R. H. Thompson), no podría, y no pudo, en efecto, dejar de percibir junto a sí la vivencia de los hombres cuaternarios golpeando aquellas paredes polifónicas para danzar al ritmo de sus primitivas melodías, al son de sus canciones primigenias, en honor de sus dioses; implorando agua o celebrando los sangrientos sacrificios de los qué, algo más lejos, habríamos de encontrar pavorosas huellas. Los pelos se erizaban sobre la piel al son de aquella música cavernaria; más aún que al encontrar en el último extremo de una sima el esqueleto de una muchacha de unos diecisiete años y de cuatro mil de antigüedad, que yacía boca arriba sobre el suelo, fosilizada, mineralizada, vuelto el rostro pulverizado hacia el

PARA LA BELLEZA DE SU PIEL

LEOCREMA

EN CASA Y AL SOL

TAMBIEN ES UN PRODUCTO

CHLORODONT

pequeño cielo sin estrellas de la sima, abiertos los brazos en forma de cruz—una cruz anterior al Símbolo—esperando, sin saberlo, la resurrección de la carne. El cuerpo de esta niña, que según los eruditos perteneció a la última época en que la Pileta estuvo habitada, fué (al parecer del comisario de Excavaciones Arqueológicas de la provincia, señor Giménez Reyna) sacrificada en aras de un rito sangriento, de una religión anterior a la Piedad. Ante el acervo de sus huesos recordé el poema de Rafael Morales, "Al esqueleto de una muchacha":

En esta frente, Dios, en esta frente
hubo un clamor de sangre rumbosa...
y aquí, en esta oscuridad, se abrió la rosa
de una fugaz mejilla adolescente!

(A la luz palidísima de nuestras linternas, la visión de aquel cuerpo era una patética meditación ignaciana.)

Aquí el cuello de gaza sostenía
la atada soledad de la cabeza...
Y aquí el cabello undoso se vertía...

¿Cuál de todos esos signos cabalísticos que rayan las mil paredes de la cueva representaría el ofrecimiento del sacrificio a ese dios sanguinario que no había sido aún destronado por Moisés en la otra ribera del Mediterráneo? ¿Cuál de esos trozos de indescifrada, pero indudable escritura, pintada con negro de humo y grasas animales, contendría su inapelable sentencia de muerte?

Lentamente, a medida que avanzábamos por aquellas galerías, nos íbamos introduciendo también en la idea de cuánto representaban. Porque allí, entre esas paredes, han vivido seres humanos durante más de treinta mil años. Esa cueva en la que nos encontrábamos había sido habitada por el hombre durante un tiempo equivalente a multiplicar por quince el tiempo que media entre Cristo y nuestros días. La ciudad viva más antigua del mundo no ha sido habitada ni la quincuagésima parte de lo que esta ciudad subterránea lo fué, desde que los vestigios más antiguos anuncian la llegada del hombre a sus puertas hasta que aprendieron a construirse con las manos viviendas propias bendecidas por las lluvias y por el sol.

Durante ese tiempo estas rocas, estas mismas rocas sobre las que Mrs. Thompson, una vez captada por su hechizo, posaba las manos con unción respetuosa,

vieron cómo el hombre cazador de animales (a los que daba muerte para subsistir "hoy") descubrió de pronto la manera de cazarlos vivos para que se reprodujeran y regular así la subsistencia además de "hoy" para "mañana". Este paso ingente significó nada más que eso... el invento de la Ganadería. Y allí en sus paredes, como un ingeniero que diseñara el plano sobre la pizarra de una nueva máquina de su invención, el descubridor primitivo de la manera de apresar vivos los animales sin darles muerte, dejó, asombrosamente claro, el dibujo explicativo de cómo podía hacerse esto: testimonio gráfico de este salto con pértiga que va del hombre cazador de las cavernas al hombre del cielo raso, pastor y ganadero.

Estas mismas paredes, en una de cuyas salas esas huellas escalonadas de dos manos—manos de cincuenta siglos—manos de sacrificios—vieron el descubrimiento de la cerámica, de la que hay tanto que se encuentran trozos de vasijas y ánforas removiendo la tierra ennegrecida del suelo con los pies; y vieron sin estremecerse, el paso de la Edad de Piedra a la del Bronce, cuando llegó a la cueva la noticia o sus mismos ocupantes descubrieron el arte de fundir y modelar metales. Pero lo más asombroso de todo es la existencia en sus paredes, aparte las pinturas, de signos gráficos, palabras, ideas, escrituras, que es-



Los Thompson y sus compañeros, al llegar a la boca de la cueva. Al fondo, descargando "el sherpa Muñoz".

peran la interpretación de quien sepa o pueda descifrarlas.

Tras seis largas horas de excursión por algunas de sus galerías y recónditos escondrijos salimos a la luz del sol.

—Nunca pude imaginar que en Europa tuvieran ustedes esto—exclamó Mr. Thompson—. Nunca pude sospechar que estuviera escrito y aquí lo está, en estas paredes, el libro del baluceo de la humanidad, y realizado—¡oh, esto es maravilloso—por los mismos que baluceaban...

Después se volvió hacia mí, y prosiguió, cuando podía en castellano y cuando no en inglés, excitándose a medida que hablaba:

—Pero, ¿por qué lo tienen escondido? ¿Por qué no tienen aquí un aeródromo para regular la llegada de los helicópteros, diez hoteles para dar cabida a los turistas, un Museo de Arqueología, un centro de investigación, líneas regulares de trenes y autobuses, dos agencias de viajes y una Universidad? O por lo menos, amigo mío, ¿por qué no terminan ustedes la carretera? Esto (¿verdad, Willie, que tú piensas como yo...) esto... Willie y yo no lo hemos entendido todavía...

Y emprendimos el regreso, guiados por el "sherpa Muñoz" por caminos y verticuetos tan detestables, que se diría, sin extremar la sátira, que fueron construidos al abandonar la Pileta por los últimos trogloditas.

Torcuato LUCA DE TENA



En ruta.